

## Cielo nuevo y tierra nueva: una comunidad restaurada

*Ruth Padilla DeBorst*

### El lugar del nunca más

Todos los días pasé por ese lugar camino al colegio en el centro de Buenos Aires, sin sospechar los horrores que se escondían más allá de los prolijos parques, detrás de las paredes blancas del imponente edificio. Durante la dictadura militar (1976-1983), casi 5000 personas fueron detenidas ilegalmente y torturadas en la Escuela Superior de Mecánica de la Armada. Después fueron fusiladas, cremadas, arrojadas vivas desde aviones al Río de la Plata o enterradas en fosas comunes. Un lugar de muerte. Una tierra arruinada por la codicia y la violencia humanas.

Similar era para los antiguos israelitas el lugar que sus ancestros habían llamado el valle de Acor, el valle de la desgracia. Fue allí donde el pecado de Acán, su codicia y engaño, había amenazado destruir la relación de Dios con su pueblo. Allí Acán y toda su familia habían sido apedreados a muerte junto con la plata que había robado del Señor (Jos 7.24-26). Un lugar de muerte. Una tierra arruinada por la codicia y la violencia humanas.

### El clamor de la gente, el clamor de la tierra

La muerte tiene muchas caras para los sufridos exiliados que recientemente han regresado a su tierra después de años de cautividad en Babilonia. Se han derrumbado sus altas expectativas. La tierra demora en dar fruto. Los gobernantes se hacen los sordos. Los auto-establecidos líderes religiosos sólo se sirven a sí mismos. La opresión es más mordaz cuando es ejercida por compatriotas. Se tienden mesas para ídolos paganos mientras los pobres sufren hambre. Las prácticas paganas ahuyentan cualquier pensamiento sobre el Dios de sus ancestros. Su propia tierra se ve afectada: ahora es un valle de Acor, un lugar de muerte.

Desde la desolación de este valle de muerte, algunos claman a Dios como registra Isaías 64: «¡Ojalá rasgaras los cielos, y descendieras!» (v. 1).

La gente recuerda el poder de Dios entre ellos y en la naturaleza misma: «Hiciste portentos inesperados cuando descendiste; ante tu presencia temblaron las montañas (v. 3).

La gente reconoce la singularidad de Dios y su participación en la historia: «Fuera de ti, desde tiempos antiguos nadie ha escuchado ni percibido, ni ojo alguno ha visto, a un Dios que, como tú, actúe a favor de quienes en él confían» (v. 4).

Al tomar conciencia de esto, la gente confiesa la magnitud de su pecado y de sus consecuencias alienantes: «¿Cómo podremos ser salvos? Todos somos como gente impura; todos nuestros actos de justicia son como trapos de inmundicia. Todos nos marchitamos como hojas: nuestras iniquidades nos arrastran como el viento. Nadie invoca tu nombre, ni se esfuerza por aferrarse a ti (vv. 5-7).

La gente señala el impacto devastador de su rebelión sobre la misma tierra que habita: «Nuestro santo y glorioso templo... ha sido devorado por el fuego. Ha quedado en ruinas todo lo que más queríamos» (v. 11).

Por último, la gente afirma su dependencia e invoca la gracia de Dios: «A pesar de todo, Señor, tú eres nuestro Padre; nosotros somos el barro, y tú el alfarero. Todos somos obra de tu mano. No te enojés demasiado, Señor; no te acuerdes siempre de nuestras iniquidades. ¡Considera, por favor, que todos somos tu pueblo! (vv. 8-9).

Todos somos obra de tu mano: mujeres y hombres, ancianos y jóvenes, la tierra, el cielo, el mar y todos los seres vivos. Todos somos obra de tu mano y de ti dependemos. A todos nos duele y gemimos de dolor cuando nos separamos de ti y los unos de los otros. ¡Por favor, míranos con misericordia!

### **Una respuesta asombrosa**

La respuesta de Dios mediante las palabras del profeta registradas en Isaías 65 no tarda en llegar: Dios ve y, como en los tiempos de Noé, se aflige por el estado de las cosas. Dios extiende su mano a todas las personas –incluyendo a quienes se rebelan– *todo el día* (vv. 1-2) a causa de las pocas personas fieles que buscan a Dios (vv. 8-10). Gracias a la intervención misericordiosa de Dios, hay esperanza para los asediados israelitas. Dios promete restauración y renovación de la misma «tierra de la desgracia»: «Para mi pueblo que me busca, Sarón será redil de ovejas; el valle de Acor, corral de vacas» (v. 10).

¡La tierra de muerte ahora es capaz de ofrecer descanso y sostener la vida de los animales y de las personas! Las relaciones destrozadas por el pecado ahora son remendadas por la mano re-creativa de Dios: «Cualquiera que en el país invoque una bendición, lo hará por el Dios de la verdad; y cualquiera que jure en esta tierra, lo hará por el Dios de la verdad. Las angustias del pasado han quedado en el olvido, las he borrado de mi vista» (v. 16).

Dios, el pueblo de Dios y la tierra de Dios nuevamente están entrelazados con relaciones justas que transforman radicalmente el panorama social, económico y ecológico. Pero esto no es simplemente un remiendo, un ensamblaje de las piezas que hay a mano. La visión del profeta (Is 65.17-25) continúa con una descripción sorprendente de re-creación absoluta, una transformación que no deja nada sin afectar. El Dios que en un principio creó el cielo y la tierra, afirma: «Presten atención, que estoy por crear un cielo *nuevo* y una tierra *nueva*. No volverán a mencionarse las cosas pasadas, ni se traerán a la memoria (v. 17).

El Dios que en el principio contempló la creación y celebró su bondad, exclama: «Alégrense más bien, y regocíjense por siempre, por lo que estoy a punto de crear: Estoy por crear una Jerusalén feliz, un pueblo lleno de alegría. Me regocijaré por Jerusalén y me alegraré en mi pueblo» (vv. 18-19).

«Quiero regocijarme otra vez, como lo hice en el principio», dice el creador y sustentador de toda la vida. «¡Vengan ahora, acompáñenme! ¡Les mostraré por qué!»

## **Nunca más**

Con el paso a la democracia en Argentina, se convocó una Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP). El informe de los hallazgos de esta comisión se publicaron en el libro «Nunca más».<sup>1</sup> De manera similar, el profeta enumera las perversidades de una creación descarrilada y, con trazo claro, pinta el cuadro del «Nunca más» en la nueva Jerusalén.

«Nunca más habrá en ella niños que vivan pocos días...»: nunca más mortalidad infantil debido a enfermedades fácilmente prevenibles y aguas contaminadas.

«...ni ancianos que no completen sus años»: nunca más la muerte prematura ni el abandono y el desamparo de los ancianos a una vida sin dignidad, como piezas obsoletas de la maquinaria productiva.

«Ya no construirán casas para que otros las habiten...»: nunca más la expropiación abusiva, ni familias enteras asentadas precariamente hoy y desalojadas mañana, ni gente sin techo deambulando por las calles.

«...ni plantarán viñas para que otros coman... mis escogidos disfrutarán de las obras de sus manos»: nunca más trabajará la gente para alimentar a otros mientras ellos padecen hambre ni se fatigarán para que hijos de ajenos vivan como reyes. Nunca más será administrada la tierra por industrias agrícolas que convierten el suelo en un objeto de consumo y a las granjas locales en antigüedades.

«No trabajarán en vano, ni tendrán hijos para la desgracia...»: nunca más se verá la gente forzada a trabajar por una limosna, ni en esclavitud, ni criarán a sus hijos sin esperanza alguna para el futuro.

«El lobo y el cordero pacerán juntos; el león comerá paja como el buey... En todo mi monte santo no habrá quien haga daño ni destruya»: nunca más la intervención humana exterminará especies completas en detrimento de la biodiversidad que sostiene la vida del ecosistema entero.

Un cielo nuevo y una tierra nueva: aquí y ahora, para ser vistos y saboreados, para ser

---

<sup>1</sup> [www.nuncamas.org/investig/articulo/nuncamas/nmas0001.htm](http://www.nuncamas.org/investig/articulo/nuncamas/nmas0001.htm).

oídos y gozados por toda la gente. Ésta es la visión esperanzadora que el profeta le ofrece al pueblo de Israel a su retorno del exilio. Y siglos más tarde, esta misma esperanza anima a otro pueblo asediado que sufre bajo la sombra opresora de la hegemonía romana. El apóstol Juan avizora –en medio y más allá de la garra del imperio que lo tiene prisionero– la vida en un cielo nuevo y una tierra nueva, en una ciudad nueva y hermosa en la cual no hay lágrimas ni muerte, ni lamento, ni llanto, ni dolor (Ap 21.1-5). ¡Y es por esto que Dios invita a toda su creación a unírsele en regocijo!

«¡Demasiado bueno para ser cierto!», exclamamos como auténticos representantes de una generación sujeta por un escepticismo agobiante frente a las utopías terrenales. Éstos son sueños ilusorios, susceptibles de ser evocados en sociedades preindustriales con tecnología meramente rudimentaria. Hoy somos arrasados inevitablemente por un torbellino de fuerzas y contrafuerzas globales regidas por una hegemónica economía de mercado que gira a un ritmo tan voraz e imparable que sólo nos resta aferrarnos tenazmente esperando no morir en el intento, molidos o pisoteados como lo son millones de personas en todo el mundo y la misma naturaleza. Escenas bucólicas como éstas son cosa de película, de utopías, de otro mundo o de algún futuro distante en un reino celestial al cual sólo podemos esperar pacientemente mientras soportamos las cargas de este mundo, hasta que Dios lo destruya por completo y comience nuevamente de cero.

### **Dios con nosotros**

Es obvio, entonces, que el record de los logros humanos no nos conduce más que a ese callejón sin salida. La pobreza y la injusticia, la degradación ecológica y la extinción gradual de muchas formas de vida denuncian que el mito del progreso humano no es más que eso: una ilusión positivista y arrogante sin fundamento alguno en la realidad. Debemos preguntarnos, entonces: ¿existen motivos para creer en la posibilidad de un cielo nuevo y una tierra nueva *dentro* de la historia, sobre este planeta que sirve de hogar para la humanidad? ¿Dónde está la clave –nos atrevemos a preguntar– para la plenitud abundante que describen Isaías y Juan?

A los sufridos israelitas Dios les promete: «Antes que me llamen, yo les responderé; todavía estarán hablando cuando yo los habré escuchado» (Is 65.24).

Dios está cerca y dispuesto a escuchar, a fundir las oraciones de sus criaturas con los buenos propósitos de Dios. Y la marca más impactante de la nueva ciudad que avizora Juan es que constituye el lugar de morada de Dios. Dios habita entre su pueblo: «¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios! Él acampará en medio de ellos, y ellos serán su pueblo; Dios mismo estará con ellos y será su Dios» (Ap 21.3).

Para la humanidad, «hogar» es donde se encuentra Dios. A lo largo de los años y mediante las Escrituras, poetas y profetas, apóstoles y líderes de la iglesia atestiguan que una tierra nueva es posible porque el trino Dios, su creador y único dueño, es el que cuida de ella permanentemente y no ha renunciado al derecho amoroso y sacrificado que ejerce sobre ella.

«Al Señor tu Dios le pertenecen los cielos y lo más alto de los cielos, la tierra y todo lo que hay en ella», enseña Moisés, según el autor de Deuteronomio (10.14).

«Del Señor es la tierra y todo cuanto hay en ella, el mundo y cuantos lo habitan» (Sal 24.1).

Con magnífico detalle, el Salmo 104 describe la acción del Espíritu de Dios, como sustentador de la vida de todos los seres vivos: «Si escondes tu rostro, se aterran; si les quitas el aliento, mueren y vuelven al polvo. Pero si envías tu Espíritu, son creados y así renuevas la faz de la tierra (29-30).

En franca incoherencia con los criterios terrenales de poder y propiedad, el acto supremo de cuidado de la creación por parte del Dios que es comunidad, se cumple mediante un pobre carpintero en una provincia relegada del imperio romano. A través de Jesús, Emanuel, Dios con nosotros, el trino Dios asume el dolor y las limitaciones de la existencia humana en una creación desgarrada por el pecado, con el fin de restaurar las relaciones y traer la reconciliación bajo su reinado amoroso. Esto queda expresado maravillosamente en Colosenses:

Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación, porque por medio de él fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, poderes, principados o autoridades: todo ha sido creado por medio de él y para él. Él es anterior a todas las cosas, que por medio de él forman un todo coherente. Él es la cabeza del cuerpo, que es la iglesia. Él es el principio, el primogénito de la resurrección, para ser en todo el primero. Porque a Dios le agradó habitar en él con toda su plenitud y, por medio de él, reconciliar consigo todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en el cielo, haciendo la paz mediante la sangre que derramó en la cruz (Col 1.15-20).

Nos habíamos preguntado si el cielo nuevo y la tierra nuevas eran posibles, aquí y ahora. ¿No son sólo promesas para un futuro lejano una vez que este mundo cese de existir?

Bueno, ¿recuerdan la Escuela de Mecánica de la Armada? Cuando la verdad salió a la luz, el pueblo argentino emprendió el doloroso y arduo trabajo de afirmar y garantizar que «nunca más». Las cicatrices son profundas y el camino por delante es largo, muy largo. Pero en el año 2004 el Congreso argentino convirtió el lugar de tortura en museo, el Lugar de la Memoria y la Promoción y Defensa de los Derechos Humanos.

¿Qué de nuestro mundo quebrantado? E. O. Wilson, el biólogo mundialmente conocido y ganador del premio Pulitzer dice lo siguiente:

Por cuenta propia, estos seres bípedos de cabeza bamboleante e inestable, hemos alterado la atmósfera y distorsionado el clima de la Tierra. Hemos

desparramado miles de químicos tóxicos en todo el mundo, hemos incautado el 40 por ciento de la energía solar disponible para la fotosíntesis, hemos transformado casi la totalidad de las tierras fácilmente arables, hemos construido embalses en la mayoría de los ríos, hemos elevado el nivel del mar del planeta y ahora, de una manera que seguramente atraerá la atención de todo el mundo como nunca antes, estamos cerca de quedarnos sin agua dulce. Un efecto colateral de esta actividad frenética es la continua extinción de ecosistemas silvestres, junto a las especies que las integran (Wilson:29)

¿Hay esperanza de un cielo nuevo y una tierra nueva aquí y ahora cuando hemos estado tan empeñados en la destrucción?

En su comentario inspirador sobre Colosenses, Walsh y Keesmaat afirman inequívocamente:

El *Shalom*, la plenitud, el bienestar en todas nuestras relaciones sociales, ecológicas, políticas, agrícolas y económicas radica en una relación restaurada con Dios... Puede existir tal plenitud, tal *Shalom* a lo largo y a lo ancho de la creación, *sólo si* Dios entra con iniciativas de gracia a nuestra realidad signada por el conflicto, tergiversada, opresora y quebrantada (Walsh y Keesmaat: 42, énfasis mío).

La buena noticia es que en Cristo, el Dios-comunidad ya ha entrado al mundo, ya ha sido quebrado por su quebrantamiento y ya se ha levantado triunfante de él. Al hacer su morada entre nosotros, Dios abre la puerta para que el mundo vuelva a ser nuestro hogar. ¡El buen reinado de Dios, donde prevalecen la justicia, las obras justas, ya ha sido inaugurado! Ya no necesitamos deambular sin hogar ni tierra, alienados y enemistados los unos con otros y con la tierra. Al igual que los israelitas de antaño, somos llamados a cambiar nuestra perspectiva con respecto a la tierra. Como afirma Vinoth Ramachandra:

Al pueblo de Dios del antiguo pacto se le enseñó repetidamente que eran huéspedes en la tierra que habitaban, y sólo cuando vieron la tierra no como un objeto de consumo para el intercambio comercial sino como una comunidad a la cual pertenecían, estarían en condiciones de usar la tierra correctamente (Ramachandra: 203).

No un objeto de consumo sino una comunidad. Una comunidad de la creación. Una comunidad que precisa de riego, cuidado y sufrimiento a su favor. Una comunidad que será perfeccionada un día, cuando toda rodilla se doble y toda lengua confiese que Jesucristo es el dueño y Señor de toda la vida. Una comunidad nueva, un cielo nuevo y una tierra nueva aquí y ahora, posibles porque el Dios que es comunidad ha oído y respondido con gracia y auto-sacrificio a los clamores de la humanidad y de toda la creación. Ahora depende de nosotros afirmar, con palabras de esperanza y actos de compromiso: ¡Nunca más, porque ya ha comenzado!

## Bibliografía

Bouma-Prediger, Steven y Brian Walsh, *Beyond Homelessness: Christian Faith in a Culture of Displacement*, William B Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids - Cambridge, 2008.

Ekblad, Robert. *Reading the Bible with the Damned*, Westminster John Knox Press, Louisville, 2005.

Groody, Daniel G., *Globalization, Spirituality and Justice: Navigating the Path to Peace*, Orbis Books, Maryknoll, 2007.

Padilla, C. René, *Discipulado y misión. Compromiso con el reino de Dios*, Ediciones Kairós, Buenos Aires, 1997.

Ramachandra, Vinoth, *Subverting Global Myths: Theology and the Public Issues Shapping Our World*, IVP Academic, InterVarsity Press, Downers Grove, 2008.

Schumacher, E. F., *Small Is Beautiful: Economics as If People Mattered*, Perennial Library,: Harper and Row, London, 1973.

Walsh, Brian y Sylvia Keesmaat, *Colossians Remixed: Subverting the Empire*, InterVarsity Press, 2004.

Wilkinson, Loren, ed., *Earthkeeping: Christian Stewardship of Natural Resources*, Calvin Center for Christian Scholarship, William B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, 1980.

Wilson, E.O., *The Creation*, W. W. Norton and Company, New York – London, 2006.